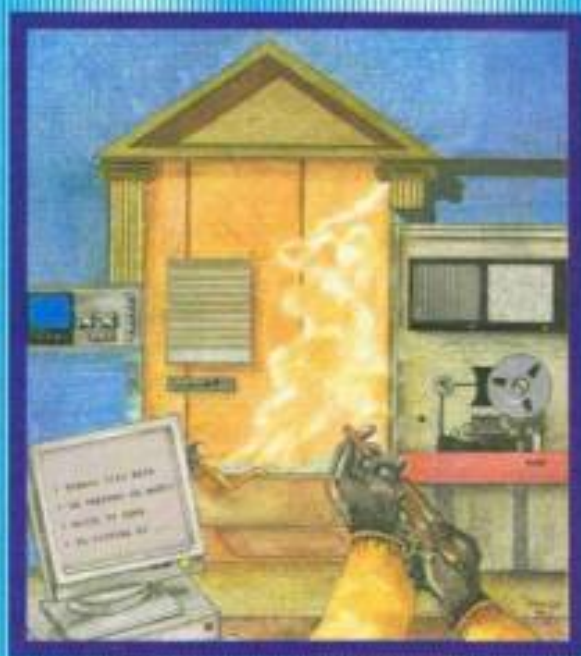


CASA INTELIGENTE



PREMIOS HUGO Y NEBULA

KATE WILHELM

En esta ocasión Charlie y Constance deben solucionar un misterio en uno de los entornos menos habituales: Casa Inteligente, el hogar totalmente automatizado del futuro.

Gary Elringer, joven y excéntrico genio de los ordenadores, ha empleado la mayor parte de los fondos de su empresa en la construcción de Casa Inteligente, con gran desesperación de los accionistas, la mayoría familiares y amigos. Pero cuando Gary los invitó al juego del asesino en la casa recién construida, no podía imaginar que él mismo terminaría muerto.

Las investigaciones de Constance y Charlie demostraron pronto que todos los invitados tenían razones para desear su muerte; pero las coartadas de todos estaban tan bien construidas como la propia casa. Lo que nos lleva a la pregunta: ¿Podía ser la casa la asesina? ¿Hasta qué punto era inteligente?

1

AQUELLA semana de abril sucedieron tres cosas por las que Beth Elringer decidió asistir a la fiesta de cumpleaños de Gary, su marido. La primera de ellas fue la pérdida de su trabajo, por causa de una prensa rota en la empresa en la que trabajaba como editora. Beth y Margaret Long, la dueña de la empresa, estaban sentadas una frente a otra en una mesa de Taco Time. Mientras Margaret hablaba, Beth empujaba un tamal alrededor de su plato.

—No puedo aguantarlo más —decía Margaret. Parecía agotada—. Estuvimos levantados toda la noche, hasta que la maldita prensa se estropeó y teníamos tantas posibilidades de cumplir el plazo de entrega como de encontrar perlas en las ostras.

—¿Por qué no me llamaste?

—¿Sabes arreglar una prensa? Se rompió una polea. Mike dijo que se necesitaban tres semanas para instalar una nueva; y eso si teníamos el dinero para comprarla.

—¿Qué vas a hacer?

—Ojalá lo supiera. Pero, cielo, será mejor que pienses en otro empleo. No sé si ésta será la gota que desborde el vaso. Pero tengo la sensación de que sí.

Beth disfrutaba su trabajo de editora; entre las obras que le gustaban especialmente había un libro de poesía de un autor que probablemente no conseguiría publicarlo si desaparecía Long Press.

El segundo hecho se produjo dos días más tarde, cuando su hermano Larry le pidió un préstamo. Se quedó con la boca abierta cuando le dijo lo que necesitaba. Había esta-

do en huelga; él y su esposa se habían endeudado y perderían la casa, y todo lo demás, si no podía pagar algunas facturas.

Lo tercero fue encontrar muerto a su gato unas noches más tarde. Eso sí que lo lamentó. Sabía que podía conseguir otro empleo, y había conseguido un préstamo del banco para ayudar a su hermano; pero no había nada que pudiera hacer por el gato. De no haber estado tan preocupada por empleos y préstamos se habría dado cuenta que estaba enfermo, quizá envenenado; lo habría llevado a un veterinario, en lugar de encontrarlo rígido y frío sobre el suelo de la cocina.

Aquella noche examinó el contrato que había firmado con la Bellringer Company cuando Gary le dio una acción del paquete. Sólo había nueve accionistas, y se decía que la empresa valía millones de dólares. Sabía que una sola acción costaba una fortuna. Y ella la tenía. El contrato decía que si alguna vez quería disponer de su acción, primero tendría que ofrecérsela a Gary sin contarle a nadie más que estaba a la venta. Leyó dos veces el papel e hizo un gesto de asentimiento. Decidió hacerlo en la fiesta de Gary. Ése sería el momento para decírselo. Estaría de buen humor, feliz por una fiesta de un fin de semana en su honor, complacido de que ella asistiera. Gary había predicho que ella regresaría; a ella le enfurecía la seguridad que tenía de que iba a regresar arrepentida. Volvió a leer el contrato. Si ella y Gary no se ponían de acuerdo sobre el precio de su acción, podría presentarla entonces en la siguiente reunión de accionistas y aceptar la oferta más alta que excediera a la de Gary. Esa reunión tenía que celebrarse un día después del fin de semana. Si seguía sin obtener un precio satisfactorio, un contable independiente establecería el valor de mercado de la acción y la empresa le pagaría esa cantidad, valorándose el pago entre los accionistas de acuerdo con los porcentajes que poseyeran de la empresa; entonces dividirían la acción. Pero sabía que no se llegaría a eso. Gary se

quedaría con ella. Y si no lo hacía él, lo haría su hermano Bruce.

Dos semanas más tarde subía en San Francisco al pequeño avión de trayecto fijo que la llevaría hacia Casa Inteligente. La invitación decía simplemente que estaba en la costa de Oregón, y el billete de avión era para la ciudad de North Bend.

—No te preocupes por eso —le había dicho Gary por teléfono—. Iremos a recibirte.

Ahora Beth miraba amargamente por la ventana la gran extensión del océano, grisáceo y espumoso cerca de la orilla, con sombras profundas y puntos brillantes mar adentro, y luego de un color gris plano hasta el horizonte. Pudo divisar barcas de pesca, pequeñas barcas próximas a la orilla, un gran barco de carga transoceánico, todos ellos inclinándose, balanceándose y desapareciendo de su vista bajo la pequeña ventana desde la que dominaba el mundo. Podía sentir que su propio estómago subía y bajaba con los barcos. Se aferró al brazo del asiento y cerró los ojos, pero sólo consiguió empeorar las cosas. Cuando el avión bajara, quería saberlo. No podía entender por qué razón le importaba, pero no quería sumergirse en el mar con los ojos cerrados. El avión se zarandeaba de un lado para otro y se elevaba y caía con un movimiento impredecible que no podía explicarse por la ley de la compensación. Cuando ella se sujetaba por una fuerte caída, el avión se elevaba alarmantemente, y volvía a caer.

Maldito Gary, pensaba una y otra vez. Maldito seas. Gary había escrito en la invitación: «Te encantará el viaje en avión. ¡Me muero de ganas por enseñarte Casa Inteligente!»

Treinta, pensó malhumorada. ¿Quién hubiera apostado a que Gary iba a vivir tanto? El avión dio un bandazo y cayó al mismo tiempo. Beth se aferró al asiento y murmuró:

«¡Maldito seas!» Pensó que haber estado casada diez años con Gary Elringer le daba algunos privilegios. ¿Quién tenía más derecho que ella para condenarlo al infierno?

En tierra, esperando el avión de San Francisco, estaba Madelaine Elringer, la madre de Gary. Maddie tenía 62 años, y tras haber luchado la mayor parte de su vida contra la gordura había abandonado por fin esa guerra, descubriendo que cuando se estabilizó de nuevo tenía una figura nueva, no del todo desagradable, pensaba en secreto. Tenía un pecho voluminoso, una cintura todavía definida, piernas bien proporcionadas y muñecas y tobillos agradables. Decidió que no estaba nada mal, y se había teñido el pelo de color rubio fresa; champán rosado, le había dicho el de la tienda. Solía maquillarse hábilmente y se compraba muy buena ropa, para mantener su papel en la vida como madre de un genio millonario. Estaba sentada en su BMW, fumando un cigarrillo tras otro, esperando la llegada de su nuera. Había aparecido un frente frío con vientos erráticos y helados, nada apropiados para mayo; la pequeña terminal era monótona y ella se sentía demasiado preocupada para ser agradable con las escasas personas que estaban allí esperando el avión. Desde el principio había sabido que el fin de semana era un error espantoso. Reunir a los nueve accionistas, incluso a Beth, que el cielo sabría lo que pasaba en esos días por su mente, y a Bruce, que era un auténtico pelmazo. La reunión de accionistas del lunes le producía más miedo del que había sentido por nada en años, o quizá en toda su vida. Encendió otro cigarrillo con la colilla del último y lanzó éste por la ventanilla; luego se sintió un poco culpable y miró rápidamente a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta.

Por fin aterrizó el avión y aparecieron tres pasajeros en la pista; abandonó el refugio del coche y entró en la terminal. Para los ojos de Maddie, Beth seguía siendo exactamente la misma que cuando ella y Gary se conocieron. Parecía un muchacho, con un cabello oscuro y corto que se

movía con el viento, excesivamente desgarbada y con unas piernas largas para ser realmente bonita, y sin hacer ningún esfuerzo para pretender otra cosa. Llevaba unos *jeans* negros y una camisa gris; por Dios, pensó Maddie. Nunca había aceptado a su nuera, pero tampoco provocó problemas entre ella y Gary. ¿Por qué entonces esa chica parecía apartarse siempre del camino debido y daba una apariencia algo equívoca? No resultaba nunca adecuada...

—¡Beth, cuánto me alegro de verte! ¡Estoy tan contenta de que cambiaras de opinión!

Ambas habían detenido su marcha simultáneamente, sintiéndose de pronto en una situación difícil.

—Hola, Maddie. ¡Tienes un aspecto estupendo! ¿Cómo estás?

Maddie se echó a llorar, lo que produjo una enorme sorpresa en las dos.

Beth cerró entonces el vacío que había entre ellas y la abrazó; le frotó la espalda suavemente, emitiendo sonidos tranquilizadores. Maddie luchó para recuperar el control, consciente de los ojos que la miraban. Pensó que la gente llora a menudo al encontrarse tras una larga ausencia, o al separarse de un ser querido. Que miren. Con un estremecimiento, tomó una inspiración profunda.

Beth sólo llevaba el bolso de mano y una bolsa de lienzo de gran tamaño. Salieron de la pequeña terminal. Beth lanzó un silbido al ver el nuevo coche y Maddie dijo casi como excusándose que Gary se lo había regalado a ella para celebrar el cumpleaños. Buscó las llaves y lanzó un suspiro cuando Beth le indicó con un gesto que estaban puestas.

—Él piensa que todos los hijos deberían hacer un regalo a sus padres en su cumpleaños; me refiero al cumpleaños de los hijos. Supongo que como agradecimiento. Bruce se enfureció —añadió parpadeando por las lágrimas—. Ay, querida, no me había dado cuenta de que estaba tan per-

turbada con todo esto. Quizá sea mejor que tomemos un trago antes de volver.

—Bruce ha sido siempre un dolor, aunque sea tu hijo —añadió Beth fríamente—. ¿Qué sucede, Maddie? ¿Por qué pasar juntos tres días? ¿Qué está tramando Gary?

Maddie empezó a conducir espasmódicamente; y todavía tironeó más al pisar el freno.

—Un bar, una taberna, cualquier cosa. Tenemos que hablar de eso. Después podrías conducir tú. Este coche me odia.

Maddie llevó el coche hasta una taberna en la que servían también marisco. El olor a pescado frito, a aceite rancio y cebollas era sofocante. Beth pidió un café y se dedicó a escuchar las divagaciones de Maddie, que bebió un *bourbon* con hielo. Todos los demás estaban ya allí. Bruce, su otro hijo, seis años mayor que Gary, el genio. Rich, Harry, Laura... no sabía lo que Gary había preparado; nadie lo sabía, pero Bruce estaba tratando de organizar un golpe de palacio, dijo siniestramente. Se aproximaría a ella, le advirtió. E incluso podría tener votos.

Beth le escuchaba tratando de reordenar la información incoherente que le proporcionaba. Eran demasiadas piezas sueltas, y faltaban otras muchas. La Bellringer Company Incorporated tenía nueve accionistas; pero era sin la menor duda la empresa de Gary, y la dirigía tal como le parecía. Durante los últimos años se había preocupado exclusivamente por crear Casa Inteligente, una casa computarizada y automatizada que hasta ese fin de semana sólo la habían visto los que trabajaron en ella.

—¡La odio! —gritó Maddie—. ¡Sabe dónde estás a cada momento! Espía a todos todo el tiempo, escucha todo lo que dices, enciende y apaga las luces, calienta el agua del baño y controla la temperatura del invernadero. ¡Lo hace todo, pero la odio!

Beth asintió, sintiendo simpatía por ella. Bruce la había llamado hacía unos meses, quería que se encontraran para

almorzar, pero ella se había negado. Ahora hubiera deseado haber asistido. ¿Un golpe de estado? No parecía nada probable, pensó, tras lo cual volvió a prestar atención a Maddie el tiempo suficiente para darse cuenta de que se explotaba todavía sobre la casa. La casa debía ser el agujero por el que todo el dinero desaparecía, comprendió. En cuanto empezó a construirse Casa Inteligente, la empresa dejó de tener beneficios. Todos los demás, salvo Maddie y ahora Beth, trabajaban también para la empresa, y ella había supuesto que sus salarios habían crecido al desaparecer los beneficios. Pero ahora dudaba de que hubiera sucedido así, lo que explicaría la furia de Bruce. ¿Votos suficientes para vencer a Gary? La acción de Beth le daba un voto para lo que sucediera en la reunión del lunes, tan válido como el de cualquier otro.

Salió de pronto de sus pensamientos, con una sacudida, cuando Maddie puso una mano encima de la de Beth y le dijo:

—Por favor, prométeme que no le dirás que quieres divorciarte hasta que termine el fin de semana.

—¿Quién te ha dicho que quiero divorciarme?

Maddie miró a su alrededor con un gesto vago, como si estuviera buscando al informante.

—Me lo prometes, ¿no?

—¿Es que me ha estado espiando? ¿O tú? ¿O Bruce?

Maddie se secó las gafas y lo expuso claramente.

—Querida, no es ningún secreto que no vivís juntos. Y tampoco es ningún secreto que Gary es un poco excéntrico. Lo único que quiero es que esperes a que termine la fiesta, eso es todo. No le estropees su fiesta de cumpleaños, por favor.

—¡Excéntrico! ¡Maddie, está loco! ¡Tu querido hijo está chiflado!

Beth condujo el coche por una carretera llena de curvas bordeada por pequeñas edificaciones, cabañas, estructuras de casas que se habían vuelto grisáceas por el tiempo, tiendas de coches, de artículos de pesca... ninguna de ellas hablaba ahora, salvo las indicaciones que Maddie le iba dando de vez en cuando acerca de la dirección. No se veía el océano, pero su presencia estaba allí; las ráfagas de viento marino eran frescas y frías, y traían noticias del este, noticias de las profundidades, de los barcos y ballenas que pasaban, de camarones y cangrejos. El sol iluminaba una zona a pesar de las espesas nubes, pero luego los bosques se cerraron sobre la carretera y hasta esa tímida zona brillante desapareció. Salió de la carretera siguiendo las instrucciones de Maddie, metiéndose por un camino alquitranado mucho más estrecho y sin señalizaciones, un camino privado sin arcén, sólo árboles que llegaban hasta el borde de la superficie negra, cuyas copas se encontraban por encima y convertían la tarde en noche. El mar seguía sin verse. La carretera empezó a subir una pronunciada cuesta y aumentaron las curvas.

Redujo la velocidad al ver una señal de stop. Al tomar una curva encontró una puerta gigantesca que parecía de bronce. Llegó al stop. No se veía a nadie; a ambos lados de la puerta, entre los árboles, desaparecía una valla alta, con cadenas. Una señal luminosa le pidió que abriera la ventanilla, y nada más hacerlo una voz masculina y clara le dijo:

—Por favor, identifíquense usted y su pasajera.

Miró a Maddie, cuyos rasgos le daban un aspecto fatigado.

—Beth Elringer, Madelaine Elringer —dijo elevando ligeramente la voz.

—Gracias —respondió la voz, mientras la puerta se abría silenciosamente y la señal luminosa se apagaba.

—¿Entiendes lo que te dije? —susurró Maddie.

—Veo que Gary está siendo un listo —le espetó Beth—. ¿Eso es lo que está enfureciendo a Bruce? ¿Que Gary está convirtiendo los beneficios de la empresa en juguetes?

—Está gastando millones y millones —respondió Maddie—. No creo que ni siquiera nadie sepa exactamente cuánto. Eso es lo que le está molestando a Bruce, imagino, que no haya una contabilidad real. ¡Una puerta que habla! ¡Puertas hablantes! ¡Una cascada de agua interior!

Su voz se elevó hasta convertirse en un gemido. Alguien sabría adónde iba a parar el dinero, pensó Beth, olvidándose de nuevo de su suegra. Milton Sweetwater era el abogado de la empresa; él debería saberlo. O Jake Kluge, un número uno de los asuntos económicos. O al menos Harry Westerman, el contable. Alguno lo sabría, quizá todos ellos. Si Bruce lo ignoraba sería porque Gary no quería decirselo. La carretera empezó a descender, se hizo todavía más estrecha y tan serpenteante como antes, pero ahora el verde parecía artificial, no eran las plantas salvajes del otro lado de la valla. Paisajismo a escala macrocósmica, reflexionó, ese era su chico, su marido Gary. Masas de rododendros en flor formaban inmensas manchas de color escarlata, rosa y dorado, bordeadas de encajes de helechos que eran tan verdes que llegaban a parecer negros bajo las sombras de la tarde. Dio otro giro y encontró por fin el océano, unos sesenta metros más abajo, por tres lados de ese punto que sobresalía de la tierra como la proa de un barco. Tuvo que conducir medio kilómetro más para poder ver por primera vez Casa Inteligente. Se quedó con la boca abierta y detuvo el coche para contemplarla.

Aunque el edificio era alto, no parecía tener más de dos pisos, con una cúpula brillante arriba y paredes de cristal, madera roja y metal interrumpidas por un balcón continuo en el segundo piso. El edificio parecía curvo por la parte delantera, con un muro posterior recto de piedra parecido a un acantilado. La bóveda no cubría toda el área del techo; ¿habría plantas ahí arriba, una terraza? Puso de nuevo

el coche en marcha. La casa quedó oculta por los árboles y matorrales; dejó atrás una pista de tenis, unos jardines formales que parecían imponentes, y finalmente llegó a un camino ancho que terminaba en la casa. Daba la impresión que desde todas las habitaciones se veía el océano. Tras la casa había un acantilado casi totalmente recto.

Al principio la casa tenía una apariencia casi grotesca, luego parecía un hotel curioso, quizá una residencia de vacaciones, pero ahora, de cerca, resultaba monstruoso, como la visión de un loco. Una galería de losetas rojas desaparecía de la vista, en una curva, cuando ella y Maddie salieron del coche y se acercaron a la entrada principal.

—Buenas tardes —le saludó una agradable voz femenina cuando se acercaron caminando por la galería—. Identifíquense, por favor.

Beth buscó las cámaras, pero estaban bien ocultas. Maddie se detuvo ante la elevada puerta de entrada, muy tallada y pulida, y dijo con voz dócil:

—Buenas tardes. Soy Madelaine Elringer, y ésta es Beth Elringer. Nos esperan.

—Sí. Entren, por favor. Si dejan ahí los bolsos, alguien los subirá.

La puerta se abrió.

Maddie miró a Beth como diciéndole: ¿te das cuenta?

El vestíbulo tenía nueve por nueve metros, con una escalera curva por el lado izquierdo y una pared llena de obras artísticas dignas de un museo en el derecho. El suelo era una continuación de las losetas rojas. Había varios pedestales negros con estatuas. Beth pensaba que en cualquier momento aparecería un guía uniformado y les soltaría un discurso.

—No puedo enseñarte la casa —le dijo Maddie con su voz dócil y nueva, lanzando una mirada nerviosa por encima del hombro—. Se supone que debo enseñarte tu habitación. Eso es todo. Si no no la encontrarías nunca —añã-

dió con una voz más aguda, reteniendo la respiración y agarrando a Beth por el brazo—. Por las escaleras.

Beth se guardó un comentario amargo. Maddie estaba actuando como si Gary se hubiera convertido en Atila el Huno. Subieron las escaleras.

—¿Sabes lo que ha preparado para el fin de semana? —preguntó.

—Nadie lo sabe todavía —respondió Maddie haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Nos lo dirá después de la cena. Bebidas en el jardín a las seis, cena a las siete.

Terminaron de subir las escaleras y Beth se quedó con la boca abierta. En el corredor había otra pared de cristal, desde la que se dominaba una selva. Al acercarse vio que el interior de la casa contenía un gigantesco atrio circundado por una pared de cristal circular, y que era tan alto como la casa. Tras el cristal había árboles y al final una piscina. El espacio parecía una gruta, con entradas desde el segundo nivel, escaleras descendentes que parecían formaciones de rocas naturales, y otras entradas desde la planta baja; tras la piscina había un muro hecho con diversas rocas, con un camino, y una cascada que aparecía, desaparecía y luego se hundía en la piscina.

—En nombre de Dios —murmuró por fin Beth.

—Es... simplemente grotesco —dijo Maddie, arrastrándola por el brazo. Ahora parecía tener prisa—. Tu habitación está al otro lado.

Había puertas cerradas a un lado del corredor, la pared de cristal por el otro, y mientras avanzaban Beth iba captando vistas siempre cambiantes de la escena inferior. Había allí sillas y mesas de juncos, una barra, media docena de personas, sentadas, de pie, bebiendo y hablando. Pensó que debía ser el jardín. Qué propio de Gary era el ordenar que no les enseñaran la casa, obligarles a que la exploraran sin ninguna pista. De acuerdo, pensó sombríamente, podría arreglárselas con eso; no mostraría más sorpresa de la que ya había mostrado, simplemente aceptaría lo que la

maldita casa tuviera que ofrecerle, y buscaría una oportunidad para hablar a solas con su marido. Se detuvieron ante una de las puertas cerradas.

—Ésta es tu habitación —dijo Maddie—. No puedo contarte mucho. Solamente tú y el personal de servicio pueden abrir la puerta. Mira —dijo poniendo una mano sobre un panel con el número dos encima, y tratando de abrir la puerta con la otra mano. Pero permanecía cerrada—. Inténtalo tú. No te preocupes, ya sabe quién eres y la habitación que se te ha asignado. Y dónde estás, y lo que estás haciendo... —añadió mordiéndose el labio y haciéndose a un lado, retorciéndose las manos como si éstas ahora tuvieran vida propia.

Beth puso una mano en el panel, giró el pomo de la puerta y ésta se abrió.

—Te dejo sola para que te arregles. Estaremos todos en el jardín. Puedes bajar cuando estés lista.

Se fue a través del pasillo, por lo visto a su habitación. Beth se quedó mirándola un momento, le dio las gracias y entró en su habitación.

Se dio cuenta de que se movía tan sigilosamente como podía, reteniendo casi la respiración, y supo que nadie querría hablar dentro de la casa, nadie en absoluto.

¿Lo escuchaba y registraba todo? Cerró la puerta con rudeza, pero prácticamente no hizo ningún sonido, y vio que ya le habían subido la bolsa, tal como había dicho la casa que sucedería.

Tardó varios minutos en explorar la habitación y el baño. Los colores eran rosa polvoriento y amarillo claro. Camas gemelas, una buena mesa con un ordenador en el que no se veía ninguna forma de apagarlo, algunas revistas, libros evidentemente comprados en una librería de segunda mano; ya estaban leídos, algunas páginas incluso con las esquinas dobladas. Cogió una estatuilla de bello cuarzo rosa que representaba a una sirena, y la volvió a dejar cuidadosamente sobre la mesa; había dos lámparas con la base del

mismo cuarzo rosa, y un enorme cenicero con cerillas. Se sentía abrumada, a pesar de sí misma. Se dirigió colérica hacia el baño, en donde pudo ver toda una colección de jabones y champús, un secador de pelo, muchas boquillas en la bañera y la ducha, y un panel de botones que podían pulsarse para regular la temperatura del agua, perfume y mezclas de burbujas de baño, todo muy caro y elegido por alguien que sabía lo que había que comprar. Pensó enfurecida que en cambio ella tenía que contar los peniques todos los días.

Su habitación daba hacia el sur; la pared exterior era de cristal, con una puerta deslizante que daba al balcón, y cortinas desde el techo hasta el suelo. Permaneció mucho tiempo de pie, mirando el océano. El sol había descendido y se encontraba en una posición muy baja en el cielo occidental, en un extremo de la vista que tenía en la habitación. Le sorprendió el sonido de cuatro tonos de campana claros, melódicos y suaves, el logotipo sonoro de la Bellringer Company. Al darse la vuelta vio que en la pantalla del ordenador se veían las notas.

—Son las seis en punto, Beth —le dijo la agradable voz femenina—. ¿Te gustaría bañarte antes de cenar? Si me dices la temperatura que prefieres, me encantará prepararte el baño.

—¿Puedo apagar la señal auditiva del ordenador? —preguntó Beth con voz tensa.

—Sí, Beth. Te señalaré si hay algún mensaje para ti.

En la pantalla apreció un mensaje: *La señal auditiva está apagada. Por favor, indique si desea algún servicio.*

—Cierra las cortinas —dijo Beth sin moverse. Sin el menor sonido, las pesadas cortinas se unieron, tapando la vista del océano. Beth asintió. Sus labios estaban tensos cuando comenzó a deshacer la bolsa, sacando una falda larga y un jersey y quitándose de un tirón los jeans. No le extrañaba que Maddie tuviera ese aspecto. En realidad había mos-